Merengue con coco

(Sainete)

Carlos Etxeba

PERSONAJES

ARTURO, *joven ingeniero.*

D. ARTURO, *padre de Arturo.*

BEGOÑA, *enfermera.*

SOFÍA, *antigua novia de Arturo.*

(La escena representa la sala de estar de la vivienda de D. ARTURO**, un viejo gruñón que se desplaza en una silla de ruedas, el cual vive con su hijo** ARTURO**, un joven ingeniero. En la sala se encuentra** D. ARTURO **leyendo el periódico.)**

D. ARTURO.- ¡Arturo, ven inmediatamente! ¡Arturo, Arturo!

(Entra en la sala ARTURO**, vestido con ropa de calle.)**

¿Quién ha puesto este anuncio en el periódico? ¿Has sido tú? ¿Cómo es posible? ¿No te he dicho mil veces que no quiero ninguna enfermera en esta casa?

ARTURO.- ¡Papá, así no podemos seguir! Tu necesitas urgentemente a una persona que te atienda constantemente. Solo quiero que te encuentres mejor y que seas feliz. ¿No te acuerdas ya de que te llevamos al médico porque decías que oías voces y no sabías de dónde venían y resulta que le dijiste al médico que era cuando hablabas por teléfono?

D. ARTURO.- ¡Tú sabes muy bien el éxito obtenido con toda la lista de enfermeras que han pasado por esta casa! Ninguna ha

durado más de dos días. Hubo una que decía que hacía los macarrones tan bien que los que los comían salían hablando con acento italiano. ¡Son todas unas cuentistas! Dicen que saben hacer de todo y luego se demuestra que no saben hacer de nada. Dicen que tienen todos los certificados del mundo y luego se demuestra que no tienen ningún certificado o que no les han enseñado nada. Dicen que son enfermeras diplomadas y luego resulta que son ladronas diplomadas en la diplomacia de los barrios bajos de las grandes ciudades. ¿Te acuerdas de aquella enfermera cuyo marido se pasó veinte años sin hablar con ella, para no interrumpirla?

ARTURO.- Papá, así no podemos seguir. La culpa es tuya, solamente tuya. Eres un malhumorado y un intransigente. Empiezas por insultar a todas las enfermeras que han entrado por esta casa. Se asuntan y al segundo día se largan. No me das tiempo, ni siquiera para saber cómo son. Les metes un miedo en el cuerpo que no lo pueden resistir y al día siguiente ya no vienen. Todas ponen la excusa del poco tiempo que tienen, pero la verdadera excusa es que no aguantan tus malos modales, tus salidas de tono, tus faltas de educación. Te estás portando francamente mal con todo el mundo. Si al menos las pudieses aguantar durante unas tres o cuatro horas al día, lo suficiente para atenderte un poco, me sentiría feliz. ¿Cómo te dio por decir a una enfermera que tenías tan buena vista que podías distinguir desde tierra si lo que volaba era un helicóptero o una helicóptera?

D. ARTURO.- Se lo dije solo por fastidiar. ¡Yo no tengo la culpa de nada! Les demuestro que no saben nada, que son maleducadas, que son unas intrusas y que lo único que quieren es robarme y llevarse todo lo de valor que hay en esta casa. Me acuerdo que tuviste una novia que te regaló un rizo rubio de su pelo y tu se lo creíste, cuando en realidad ella era morena y no te dijo que se lo había teñido. Tú eres tan inocente que no te das cuenta de nada. Sigues siendo un niño inconsciente. A ti te puede engañar cualquiera. A ver, por ejemplo, la última enfermera que estuvo en esta casa, ¿no dijo que era diplomada en geriatría?

ARTURO.- Sí.

D. ARTURO.- ¿Quién descubrió que en vez de enfermera era una licenciada en geografía?

ARTURO.- Tú.

D. ARTURO.- ¿Cómo lo descubrí? Descubrí, mientras hablaba. ¡Por algo he trabajado yo en las oficinas de la Embajada del Perú! Le pregunté a bocajarro: ¿Dónde está el Nudo de Pasco? Y ella me respondió sin titubear: El Nudo de Pasco es el centro de la más enorme condensación de vapor acuoso que los vientos alisios del Atlántico arrastran hasta los Andes peruanos.

ARTURO.- ¡Papá, tal vez hubiera resultado una buena enfermera, si le hubieses dado una oportunidad!

D. ARTURO.- ¡Sigues siendo tan inocente como cuando eras un chiquillo! ¿Tú no sabes que de la malicia española no puedes esperar nada bueno? Cuando te dicen que sí, en realidad es que tal vez sí, tal vez no, pero en este caso es que no. Cuando te dicen que no, en realidad es que tal vez no, tal vez sí, pero en este caso es que sí.

ARTURO.- Bueno, papá, a ver si no me estropeas a la nueva enfermera que va a presentarse en esta casa. Tienes que dar una oportunidad a la gente, para que pueda trabajar y ganarse la vida.

D. ARTURO.- ¡Para que yo acepte una enfermera, tiene que ser garantizada, después de un examen concienzudo y detallado!

(Suena el timbre de la puerta.)

ARTURO.- ¡Ten cuidado, papá, esta debe ser la nueva enfermera! ¡No vaya a ser muy buena y me la espantes en un momento! ¡Por favor, papá, pórtate bien y no me la aterrorices desde el principio!

(Abre la puerta y entra BEGOÑA**, una bella joven, vestida de enfermera.)**

BEGOÑA.- Buenos días, vengo por lo del anuncio de una enfermera.

ARTURO.- Sí, muy bien, pase Ud. ¿Tiene Ud. experiencia en cuidar a personas mayores impedidas?

BEGOÑA.- ¡Ya lo creo! Estuve en Londres en un hospital

durante cinco años y he cuidado a toda clase de personas mayores inválidas. Aquí tiene Ud. mis referencias.

(Le entrega unos papeles. ARTURO **los lee.)**

ARTURO.- ¡Estupendo! ¡Además de tener unos ojos muy bellos, sus referencias son estupendas!

D. ARTURO.- ¡Ojo! ¡Que nos puede dar gato por liebre! Dame los papeles para que los lea yo.

(D. ARTURO **los lee y le pregunta a bocajarro a** BEGOÑA**.)**

¿En qué parte de Londres se encuentran las sederías más importantes?

BEGOÑA.- En Spitalfields.

D. ARTURO.- ¿Y las industrias de mobiliario más importantes en qué parte de Londres se encuentran?

BEGOÑA.- En Tottenham Coast Road.

D. ARTURO.- ¡Magnífico, esta mujer ha estado realmente en Londres!

ARTURO.- ¡Por favor papá que te estás excediendo! No deberías hacer ese tipo de preguntas tan raras.

D. ARTURO.- ¿No ves que nos podía haber engañado?

BEGOÑA.- Yo he estado trabajando en un hospital de Londres durante cinco años de mi vida y eso no me lo podrá negar nadie.

ARTURO.- ¡Perdónele Ud. a mi padre! Como todas las personas impedidas, tiene muy mal humor. Yo no puedo dudar lo más mínimo de que Ud., una señorita tan bella y distinguida, haya trabajado en Londres.

BEGOÑA.- ¿Ud. cree que los minusválidos londinenses con los que he tratado tenían buen carácter? ¡Eran todavía peor que

su padre! No hay cosa más antipática que un misógino inglés de la City, cuando pasa de los ochenta. He tenido que vérmelas con personas iracundas, vengativas, antipáticas, egoístas y para todos estos defectos tengo mis remedios caseros, pero efectivos. Yo me comprometo a dejarle a su padre completamente simpático en un plazo muy breve. ¡Con decirle que en Londres algunos inválidos lloraban, cuando me despedí de ellos porque tenía que volver a España!

D. ARTURO.- ¿Y por qué tuvo que volver a España? ¿Le perseguía acaso la policía británica? ¿Mató Ud. con veneno a algún inválido de la City?

BEGOÑA.- ¡Todo al contrario! Los enfermos me adoraban, porque yo le hacía vivir felices y tranquilos, prolongando así los años de vida que Dios les había dado. Tuve que irme de Londres porque mi hermano se había quedado sin empleo y estaba hundido en una depresión cercana al suicidio.

ARTURO.- ¿Piensa Ud. casarse pronto?

BEGOÑA.- Primeramente tendría que encontrar un hombre que me interesase.

D. ARTURO.- ¿En qué trabaja su hermano?

BEGOÑA.- Ahora está trabajando en el alambre.

D. ARTURO.- ¿Es equilibrista?

BEGOÑA.- No, hace jaulas para pájaros, pero ha trabajado en todo. Ha tenido que hacer tantas cosas distintas en esta vida, que sabe hacer de todo. Es un manitas. Es carpintero, cocinero, jardinero, relojero, joyero, picapedrero, albañil, boxeador, futbolista, actor, bailarín, agricultor, ha trabajado en la industria del acero, en la industria del cobre, ha estudiado alemán y lo primero que hizo fue aprender a decir: «¿me puede Ud. prestar cien marcos?». Después aprendió a subir la cantidad a mil marcos. Últimamente le avergüenza ir a las carreras de caballos, porque dice que hasta los caballos acaban sus carreras y él no las acaba nunca. Ya les he dicho que es un manitas y hace de todo. Por cierto si tienen algún trabajo para él en esta casa, les agradecería que le contratasen porque haría muy bien cualquier cosa, desde arreglarles el tejado, hasta repararles los cimientos.

D. ARTURO.- ¡Caramba! ¿Con tantas cosas que sabe, no ha podido encontrar un trabajo estable en esta vida?

BEGOÑA.- Es que tiene un genio terrible y acaba siempre

riñendo con todo el mundo.

ARTURO.- De momento solo nos interesan sus servicios. Mire, yo me tengo que marchar a hacer una recados ahora mismo. Ya sabe que las condiciones y el tiempo son las que se exponen en el anuncio. Tiene que sacarle a pasear por el parque diariamente, una vez por la mañana y otra vez por la tarde. ¿Está de acuerdo en todo?

BEGOÑA.- Sí, señor.

ARTURO.- Pues entonces, me voy.

(Sale ARTURO**.)**

D. ARTURO.- ¿No creerá que me he tragado todo lo que ha dicho de su hermano? Ud. miente más que un político en época de elecciones.

BEGOÑA.- No le he mentido lo más mínimo. Ya se lo presentaré algún día y verá cómo quedará encantado. ¿Desea Ud. alguna cosa?

D. ARTURO.- ¡Deseo que se largue Ud. inmediatamente de esta casa!

BEGOÑA.- ¡Pues vaya recibimiento que me hace Ud.! ¡Yo que le traía a Ud. un regalito!

D. ARTURO.- ¿Qué regalito?

BEGOÑA.- Me he dicho: ese buen señor de la silla de ruedas, seguramente será aficionado a las revistas sexis, como Mr. Braun de la City que solía calmar su mal genio con revistas pornográficas. Me toleraba porque semanalmente tenía que ir a comprarle la revista Kiss, para que él la leyera a escondidas, porque si se enteraban su mujer y sus hijas le mataban. Así que me he dicho, a D. Arturo le llevo una revista pornográfica.

D. ARTURO.- ¡Qué espanto es este! ¡Qué acaban de oír mis oídos! ¿Cómo es posible que se atreva Ud. a venir a esta casa con una revista pornográfica? ¿Es que no tiene vergüenza?

(BEGOÑA **le entrega la revista y un paquetito de pastelería.)**

BEGOÑA.- ¡Vamos, D. Arturo, no me prejuzgue de antemano! Seguramente que Ud. no ha visto una revista pornográfica en toda su vida. Además ahora no le ve su hijo y yo me comprometo a no decirle nada al respecto Además le he traído otro regalito.

D. ARTURO.- ¿Cómo se atreve Ud. a traerme regalitos, como si yo fuera un niño de cinco años?

BEGOÑA.- ¡Ande, D. Arturo, no sea Ud. tontorrón y cómase el pastelito que está delicioso! A Mr. Braun le gustaban mucho. A Ud. también le tienen que gustar, tienen la misma edad, tienen la misma enfermedad y tienen que tener los mismos gustos.

D. ARTURO.- **(Haciendo como que no lo quiere.)** Bueno, lo probaré un poquito, para ver si tiene Ud. razón y en Inglaterra tengo una alma gemela en todo.

(Lo come con gran satisfacción.)

Realmente tiene Ud. razón, está riquísimo. No sabía yo que el merengue con coco estaría tan delicioso. En cuanto a la revista pornográfica no le tiene que decir nada a mi hijo. No quiero escandalizar a la familia.

BEGOÑA.- No se preocupe Ud. lo más mínimo que su hijo no se enterará de nada. De eso me encargo yo personalmente.

D. ARTURO.- Es que no quiero que piense que soy un viejo verde.

BEGOÑA.- ¡Por amor de Dios! ¡Cómo va a ser un viejo verde por gustarle hojear de vez en cuando una revista pornográfica! ¡No me confunda los conceptos!

D. ARTURO.- Estaría dispuesto a dejarle entrar a trabajar a esta casa, si me firma Ud. un papel en el que se compromete a pagar con su sueldo el valor de todos los objetos que falten en esta casa y que se consideren robados.

BEGOÑA.- Trato echo y además me comprometo a comprarle todas las semanas la revista y a traerle un pastelito de merengue con coco de vez en cuando.

(Suena el timbre de la calle y entra ARTURO **que viene de**

la calle. D. ARTURO **esconde la revista entre la ropa de la silla de ruedas.)**

ARTURO.- ¡Ajá! Veo que se han compenetrado en tan poco tiempo.

BEGOÑA.- ¡Si, nos estamos haciendo grandes amigos!

D. ARTURO.- Me parece que esta vez hemos acertado con la enfermera. La encuentro bien dispuesta para este trabajo y yo creo que se merece una oportunidad.

BEGOÑA.- Pues por mí encantada. Cuando quieran puedo empezar a realizar mi trabajo.

ARTURO.- Desde ahora mismo. Mi padre le puede ir enseñando la casa y las cosas que necesita.

(Se retira hacia las habitaciones interiores de la vivienda BEGOÑA**, llevando en la silla de ruedas a** D. ARTURO**. Suena el timbre de la calle y sale** ARTURO **a abrir la puerta. Entran** ARTURO **y** SOFÍA, **una antigua novia.)**

ARTURO.- ¡Cómo te atreves a venir a esta casa! ¡Sabes que lo nuestro ha terminado!

SOFÍA.- Lo nuestro acabó porque lo dejaste tú en el momento más inoportuno.

ARTURO.- ¿Qué significa eso de en el momento más inoportuno?

SOFÍA.- Significa que me dejaste, cuando estaba embarazada.

ARTURO.- **(Asustado.)** ¿Qué estabas embarazada? ¿Por qué no me lo dijiste?

SOFÍA.- Porque no sabía lo que tenía que hacer, entonces era inexperta. Ahora sí sé lo que tengo que hacer.

ARTURO.- ¿Qué es lo que tienes que hacer ahora?

SOFÍA.- Plantearte la papeleta.

(Sin que se den cuenta aparecen por el fondo del escenario D. ARTURO **llevado en la silla de ruedas por** BEGOÑA**.)**

ARTURO.- ¿De qué papeleta me estas hablando?

SOFÍA.- De que tienes un niño en Inglaterra.

ARTURO.- ¡Increíble! ¿Cómo va a ser posible lo que me estás diciendo?

SOFÍA.- Cuando me dejaste, al sentirme embarazada, primeramente me refugié en casa de mis padres en Extremadura. Ellos no me aceptaron en las condiciones en que estaba y me expulsaron de casa. Mi madre me dio el dinero para que abortara en Londres. Cuando fui allí a abortar, ya era demasiado tarde para la operación y me dijeron que tenía que dar a luz sin más remedio. Di a luz un hijo tuyo que está en una Sala Cuna de Londres.

ARTURO.- Esa historia me parece increíble. ¿A qué has venido realmente?

SOFÍA.- He venido a pedirte dinero, mucho dinero para que pueda cuidar personalmente de tu hijo en Londres. ¿Quieres que lo entreguen a un matrimonio en adopción, a tu propio hijo?

ARTURO.- ¿Cuánto dinero necesitas?

SOFÍA.-. Para empezar veinticinco millones. Esa cantidad la puede reunir tu padre fácilmente. Tengo que comprar una casa allí y atender a las necesidades futuras del niño.

(En este momento irrumpe en la escena D. ARTURO**, gritando.)**

D. ARTURO.- ¡Qué jaleo es este! Ahora resulta que soy abuelo y nadie me lo había dicho. Esto hay que aclararlo ahora mismo.

ARTURO.- Yo no sabía nada de este asunto. Esta Señorita es una antigua novia que tuve. Ahora me viene diciendo que le hice un hijo. Parece increíble.

D. ARTURO.- ¿Es que te dedicas a hacer hijos a las mujeres, sin que te des cuenta? ¿Es que lo haces de una manera tan rápida que no te da tiempo a reflexionar?

ARTURO.- Yo tardo lo mío y sudo, como el que más, pero es

que en este caso no tengo la menor idea.

SOFÍA.- Pues yo sí tengo una idea bien clara de lo que pasó. Tuve que ir a Londres y allí di a luz un hijo que es hijo de su hijo por lo tanto su nieto y ahora claro viene el asunto de los gastos, de la educación y del futuro del niño. ¿No querrán Uds. que se lo dé en adopción a unos padres ingleses?

D. ARTURO.- ¡Este hijo mío es un caso! ¡Yo sabía que era despistado, pero no tanto! ¿Ha traído Ud. algún certificado de la clínica donde dio Ud. a luz en Londres?

SOFÍA.- He traído todos los papeles. Aquí los tienen.

(Saca de la cartera unos papeles y se les entrega a ARTURO**.)**

ARTURO.- Parece que todo es verdad. Aquí dice bien claro, en inglés naturalmente, que dio a luz a un niño.

(Le entrega los papeles a D. ARTURO**. Este los lee y se los entrega a** BEGOÑA**.)**

D. ARTURO.- ¡Increíble! ¡Cómo es posible que seas tan burro! ¡Está claro que aquí dice en inglés que esta señorita ha dado a luz a un niño en Londres!

ARTURO.- Y ahora se quiere aprovechar de mí pidiéndome veinticinco millones de pesetas.

BEGOÑA.- ¡Un momento! ¡Este certificado está falsificado!

SOFÍA.- ¿Qué sabe Ud. de lo que pasa en los hospitales de Londres?

BEGOÑA.- Es que precisamente yo he estado trabajando cinco años en este hospital de Londres y allí no había ninguna sección de maternidad. Se dedicaba simplemente a geriatría o a cuidados de las personas mayores impedidas.

SOFÍA.- ¡Eso es mentira! ¿Quién es Ud. para tratarme como si fuera una impostora?

BEGOÑA.- ¡Ud. es una falsificadora y una cuentista esférica!

SOFÍA.- ¿Qué es eso de una cuentista esférica?

BEGOÑA.- ¡Que es una cuentista lo mires por donde lo mires.! ¡Ud. es una falsificadora y ahora mismo voy a ir a la policía a entregarles este certificado falsificado, informándoles de que pretendía robar al Señorito Arturo nada menos que cien millones de pesetas!

(SOFÍA **se pone nerviosa y se abalanza sobre** BEGOÑA **para quitarle el papel, pero se lo impide** ARTURO**, quien se queda con el certificado falsificado.)**

SOFÍA.- ¡Deme el certificado!

ARTURO.- ¡Márchate de esta casa inmediatamente y acuérdate de que tenemos aquí el cuerpo del delito! Si me vuelves a molestar, se lo llevaré a la policía.

D. ARTURO.- La que se va a tener que ir a Londres rápidamente y en avión es Ud. antes de que la denunciemos.

(SOFÍA **se marcha precipitadamente sin el papel.)**

ARTURO.- ¡Gracias, Begoña! Nunca olvidaremos mi padre y yo el bien que nos acabas de hacer.

D. ARTURO.- ¿Cómo supo Ud. que el certificado era falso?

BEGOÑA.- No fue verdad lo que dije. Intuí que el certificado tenía que ser falso por dos cosas: primeramente por la cara de susto y de inocente que puso su hijo, cuando recibió la noticia y en segundo lugar por la malicia de esa mujer y la falsedad que demostró durante toda su actuación que me pareció muy teatral, como si estuviera en un escenario. ¿Ha sido acaso actriz de teatro?

ARTURO.- Efectivamente. Suele interpretar papeles secundarios en la televisión.

D. ARTURO.- Aun así Ud. se expuso a que se confirmase que el certificado fuera verdadero.

BEGOÑA.- Fue todo cuestión de intuición femenina. Esa señora tiene una cara como un templo. Estaba claro que urdía

una trama falsa.

D. ARTURO.- ¿Sabe qué le digo? Que me encantaría que Ud. formase parte de mi familia.

BEGOÑA.- También a mí me encantaría.

D. ARTURO.- **(Dirigiéndose a su hijo.)** ¿Has oído pedazo de mostrenco? Me la vas a tener que enamorar en seguida para que no se vaya de esta casa.

ARTURO.- **(Un poco azorado.)** Señorita, tiene Ud. unos ojos tan bonitos y es Ud. tan fantástica... ¿Podría aspirar a que con el tiempo se pudiera Ud. fijarse en mí?

BEGOÑA.- ¡Yo creo que el tiempo hace milagros y a lo mejor...!

(BEGOÑA **y** ARTURO **se agarran de la mano.)**

D. ARTURO.- Ahora hay que solucionar el asunto de su hermano. ¿Su hermano ha sido chófer alguna vez?

BEGOÑA.- Muchas veces. Tiene todos los permisos de conducir hasta para camiones.

D. ARTURO.- Pues le puede comunicar que desde ahora estará al servicio permanente de esta casa.

BEGOÑA.- ¡Qué alegría le va a dar! Muchas gracias D. Arturo.

D. ARTURO.- Esto hay que celebrarlo con champán y merengue de coco que son riquísimos. Begoña llame ahora mismo a la pastelería y que nos manden una docena de merengues de coco. Preparad ahora mismo el champán para celebrarlo.

(ARTURO **se dirige a un aparador y saca una botella de champán con tres copas.** BEGOÑA **llama a la pastelería por teléfono, hace el pedido y le ayuda a** ARTURO **a preparar las copas. Llaman a la puerta y viene el chico de la pastelería con los merengues y con una revista envuelta en un sobre.)**

BEGOÑA.- Esta revista es un regalo que le hago personalmente a D. Arturo. Es una revista científica muy interesante, de las que le gustan a él.

D. ARTURO.- La leeré con mucho gusto en mis ratos de aburrimiento. ¡Viva los nuevos novios!

(Todos beben alegremente.)

FIN